

## Prólogo

### El deseo y la libertad

No hay ser humano sin deseo. Desde que nacemos hasta que morimos hay algo que nos lanza hacia delante, un anhelo de ser otros, de cambiar, de transformarnos. El deseo no es solo un deseo de alcanzar o poseer algo —un objeto, una persona— es también un deseo de sí, un deseo de *transformación* de uno mismo.

Desde la modernidad, se ha considerado que la pregunta filosófica fundamental era esta: *¿qué es el hombre?* Con Nietzsche y Foucault, la cuestión derivó hacia otra: *¿cómo hemos llegado a ser lo que somos?*

Sin embargo, hay un interrogante decisivo, una pregunta que los animales humanos no podemos esquivar: ¿podemos *dejar de ser* lo que somos? ¿Puedo transformarme en un ser completamente distinto del que soy, del que he heredado?

Los seres humanos somos finitos. Existir consiste en *ser finito*. La vida humana es siempre temporal, situacional y, por lo tanto, ambigua, ambivalente, contradictoria. La humana es una existencia débil y vulnerable, necesitada del apoyo y la acogida de los demás. Y, al mismo tiempo, precisamente por su condición finita, es también una vida nunca del todo buena,

bella o verdadera. Como es finita y no puede dejar de serlo, la humana es una vida que no es nunca del todo *humana*, porque siempre está amenazada por *los rostros de lo inhumano*, esto es, por el mal, por la violencia, por la crueldad, por la indiferencia al sufrimiento del otro.

Ser finitos significa que somos mortales, es verdad, pero también que somos *frágiles*, que en cualquier momento podemos rompernos, y por ello, desde el inicio, desde nuestra llegada al mundo, necesitamos del *consuelo* y de la *compañía* de los otros. Sin su ayuda no podríamos sobrevivir, porque *el humano es un ser necesitado de consuelo*. No es posible vivir humanamente al margen de «ámbitos de protección», de «cavernas», en el sentido de Hans Blumenberg, o de «esferas», como diría Peter Sloterdijk. Los seres humanos no podemos vivir sin la presencia y la ayuda de los demás.

El *ideal cartesiano* está fuera de nuestro alcance. En este sentido, nunca dejamos de ser niños, de «habitar la infancia». La infancia no es un estado, sino una condición propia de todos los seres finitos. Nacemos en un universo plural, en el que enlazamos, heredamos, cambiamos y criticamos. Avanzamos y retrocedemos. Amamos y odiamos. No tenemos las ideas claras, ni distintas. A menudo nos perdemos en las sendas del bosque y estamos al borde del precipicio. Por suerte, en estos instantes, en ocasiones, surgen unas presencias que *están ahí* en el momento oportuno, presencias que nos acompañan y evitan la caída. La cuestión, por tanto, no es el *ser*, como durante tanto tiempo pensó la metafísica (o la ontología), sino el *estar* o, mejor todavía, el *estar-ahí*. Este *estar-ahí* es la expresión

de una relación con los demás, un trato *deferente* con los otros, una respuesta ética.

Otro de los aspectos de la existencia de los seres finitos es la *falta*. Esta es otra de las formas de la vida humana. Somos *seres en falta*, estamos determinados por la falta desde nuestra llegada al mundo y no estamos capacitados para dejar de estarlo. Esta *antropología de la falta* no puede superarse. Si hay humanidad, es porque hay carencia, pérdida y ausencia. Es la falta lo que activa el deseo, que sin ella desaparecería.

Es verdad que hay faltas que pueden ser compensadas, pero también, por desgracia, hay otras que no pueden serlo. Una de ellas, la más radical, es la *ausencia del otro*, la experiencia de la pérdida de la persona amada, del amigo, del hijo, de la madre... Solo hay «pérdida» de verdad, solo hay «pérdida» en el sentido fuerte de la palabra, cuando la falta no puede compensarse. Entonces la ausencia aparece como irreversible, y nuestra vida queda transformada para siempre. En este caso, la existencia es un muro infranqueable, un enorme vacío que ya no se desea llenar. La melancolía, de la que Freud habla en un texto memorable, invade la cotidianidad y nos deja sumidos en la desesperación. Se ha «perdido el mundo» y uno queda huérfano de sentido.

Sin embargo, el deseo persiste porque vive al borde de la desesperación, en el *laberinto* del duelo y de la melancolía. Un deseo imposible, como cualquier verdadero deseo. Si la antropología de la falta culmina en el vacío de la ausencia y elimina el deseo, es imposible seguir viviendo. El deseo persiste, y no cabe duda de que esta es una de las funciones básicas de la

experiencia religiosa, una experiencia que existirá mientras haya seres humanos en el mundo.

Es evidente que no me refiero a la religión entendida como un conjunto de normas, de principios o de creencias; me refiero a *lo religioso*. Este no es solamente un sentimiento de temor o de temblor, sino de confianza en lo imposible. Lo religioso es *el deseo de lo imposible* que, como tal, sabemos que no acontecerá y, sin embargo, contra toda lógica, seguimos creyendo en su advenimiento.

¿Dónde situar la libertad en esta óptica? Sabemos dónde no hacerlo. Libertad no es, aquí al menos, liberación, una ruptura de lazos, de herencia gramatical, sino algo muy distinto. Para una «filosofía de la finitud», libertad es *creación de sí*, una creación sin sujeción a principios absolutos o a guías que nos conduzcan por el buen camino. Libertad es *estilo*. En este sentido, libertad de ser es deseo de *llegar a ser* alguien que uno no será nunca del todo, alguien inimaginable a priori, fuera de todo plan y proyecto, deseo de ser otro distinto de lo que soy, otro distinto de lo que he heredado. Pero una libertad así no se puede configurar con arreglo a una estrategia, sino a una transgresión. Libertad creadora, infinitamente creadora.

El libro que el lector tiene en sus manos se compone de una serie de entrevistas que Montse Batlle ha realizado a antropólogos, filósofos, psicoanalistas, etc. Decía Gilles Deleuze que lo más importante es *dar a pensar*, y esto es precisamente lo que el lector hallará en las páginas que siguen: *diálogos que dan a pensar*, que provocan la reflexión y la duda. No se trata tanto

de encontrar respuestas. Lo importante es *atreverse a pensar*. Si también es posible encontrar respuestas a las preguntas, eso ya es otra historia.

JOAN-CARLES MÈLICH